

EL CENTINELA

TODAVIA se oía el roce de los pasos del relevo al perderse en el camino de tierra aplastada y piedrecillas sueltas, que tras la cerca picuda continuaba a lo largo del cuartel de intendencia.

Los ojos del centinela chispeaban en medio de la oscuridad brumosa. Quedóse parado, y con la mirada perdida hacia donde estaban las alambradas, las trincheras, las tapias a medio destruir, los muros desquebrajados, los fosos..., en que se entrenaban los comandos.

Caía frío: frío húmedo, pegajoso, untoso. Frío de noche de noviembre.

Los pasos del relevo se habían perdido en la noche.

En lo alto, el cielo cargado de viajeras nubes, sin luna ni estrellas, era muy negro. Solamente lucían las luces imaginarias de color rojizo en los cuarteles del otro lado del campo de deportes y las desperdigadas por la huerta. Atrás, en dirección por donde había desaparecido el relevo, se levantaba un halo luminoso, que indicaba la presencia próxima del pueblo.

Justo donde acababa el muro zaguero del cuartel de intendencia, y continuaba la cerca de alambres espinosos mantenidos por erectos hierros calumbrientos, se blanqueaba sin contornos recortados la blanca garita.

El centinela que estaba cubierto por la manta de lana y borra apelmazada, pisando por la senda abierta entre matas ruidosas y piedras escandalosas, se acercó a la garita. Se quitó la manta y se desenganchó del hombro el máuser. Tosió sordamente, como para romper el silencio, y buscándose por los bolsillos de la guerrera, sacó un cigarro crujiendo, y lo encendió, apagando la cerilla lo más rápidamente posible. Apoyó en el ventanuco el cigarro y se cubrió con la manta. Asomó la cabeza y se volvió para fumar a escondidas.



El relevo había llegado al cuerpo de guardia. Sonaban las voces: Alerta el uno... Alerta el dos... Alerta el tres... Alerta el cuatro... Alerta el cinco... Alerta el seis... Alerta está.

Silencio.

— :: —

El centinela había salido de la garita con el fusil en suspendan y el cigarro oculto bajo la campana formada por la manta sobre la cabeza. Se pasó el cigarro de mano, y con la izquierda, junto a la boca, dirigió la voz: Alerta el cuatro... Con el oído atento escuchó: Alerta el cinco... Chupó el cigarro, y sacando la cabeza arrojó el humo poco a poco.

Unos metros delante de la garita, paralela al muro zaguero del cuartel de intendencia, elevándose sobre el terreno algo más de un metro, se extendía la línea de ferrocarril que unía a la lejana ciudad con los pequeños pueblos costeros. Era una vía estrecha por la que muy distanciadamente discurrían trenes interminables, compuestos de vagones mercancías y algún que otro vagón de viajeros con contadas luces encendidas.

Al oír el crujido tirante y roto de una traviesa, el centinela, con el ánimo azarado, montó hasta la vía y con los ojos interrogantes dejó que se le resbalase el pie que tenía apoyado en el rail abrigado por la escarcha.

Por un claro del cielo, en el fondo de la derecha, aparecieron estrellas borboteantes.

Desprendiendo picudas piedras bajó a la garita. Con la luz del cigarrillo buscó la hora. Ya habían pasado dieciocho minutos. Por la carretera un camión rugiente pasó camino del pueblo. El centinela apuntaló el fusil sobre su pecho y se frotó las manos después de pisar el cigarro.

— :: —

Los ruidos esquivos del aire hacían daño a los ojos buscones del centinela.

— :: —

Los camiones que venían por la dirección del pueblo, al tomar la amplia curva, paseaban su luz desde la espalda del centinela. Los postes que



sostenían una maraña de hilos se aparecían en un eterno crecer rastrero. Las jicaras blancas y verdes lucían momentáneamente. La luz amarillenta segaba la hojarasca y las plantas de hojas gruesas y lechosas, y los zarzales espinosos. Luego oscurecía repentinamente y se borraba el bramido pistoneante. Volvía el silencio.

Un silbido largo y punzante del tren llegó de entre la bruma blanca. El centinela fué a la vía y miró hacia el otro lado del campo. Ni siquiera se veía la luz vigilante de los hangares. El tren debía de estar lejos.

Constante ruido triturado de camiones andariegos de la noche.

Silencio. Silencio. Silencio.

Silencio de noche de centinela.

Silencio y ruidos locos de una hoja seca y contrahecha al vencerse sobre su enves.

Nuevos pitidos intermitentes del cercano tren.

La luz verde del faro de señales de la vía se iluminó en un redondo escudo blanco. La luz chispeante de un foco lejano fue tomando cuerpo y se le fué uniendo el resuello martilleante de la locomotora. Ya estaba allí. Tembló el suelo. Resonó la zozobra de la caldera. Algunas piedras se desgranaron y rodaron hasta las matas. De la locomotora saltaron chispas ardientes que se apagaban, que se apagaban en el mismo aire. Ruidos endemoniados de miles de hierros desajustados. Clas, Clas, Clas..., Vió a los maquinistas ennegrecidos a la luz de una floja bombilla. Los vagones de madera negra pasaron indiferentes. El tren huyó desesperado. Ya solo se veía la linterna rosada del furgón de cola. Ya se iba perdiendo.

El centinela se volvió hacia la garita. El cerrojo del máuser estaba frío. Las traviesas de la vía crujián constantemente. Las escorias sobre las piedras se apagaban. Alguna piedra cantarina caía. Le llegaron los silbatos del tren al entrar en agujas.

Silencio negro.

————— :: —————

El canto perdido de un gallo lejano le llegó desde sus espaldas. Al rato las voces: Alerta el unoooo... Alerta el dooooo... Alerta el treeees... Alerta el cuatroooo... Alerta el cincooooo... Alerta el-seiiuus... Alerta está.

El centinela tenía frío. La manta por más que se la frotaba no le calentaba.

————— :: —————



Ya había pasado una hora. Y el centinela continuaba con su ir y venir. Con sus palabras huecas y ruidosas, con sus miradas furtivas, con sus vueltas rápidas y cargadas de imaginación. Los camiones continuaban pasando, paseando sus luces al ras de la tierra. Las traviesas calentadas durante el día se crispaban ruidosamente. Había pasado una hora. Había pasado el tren nocturno. La luna, antes invisible, se dejaba ver ahora tras las espesas nubes, iluminando el cielo en forma de bóveda. La luna estaba blanca. La luna tenía un gran halo mágico, pero la luz que daba estaba cargada de luces fantasmales. Había pasado una hora. Las plantas, al rozarse, hacían ruidos sibilantes. Las piedras, al desprenderse, le habían sobresaltado. Los sapos panzones, al saltar, le habían hecho buscar. Ya había pasado una hora, ya había pasado tiempo..

————— :: —————

Hasta que estuvieron encima no los sintió. Se presentaron en una sombra maciza, a poco más de diez o doce pasos. Echó el alto precipitadamente, cruzaron el santo y seña, y la contraseña, y se juntaron. Hablaron de lo que llevaban de servicio, y de lo que les quedaba. Le gastaron una broma mal apalabrada porque a ellos les faltaba seis meses menos. Le explicaron que uno de su promoción que tenía mucho miedo, en una de sus primeras guardias, en aquel mismo puesto, pegó dos tiros y tuvo que acercarse el oficial de guardia con la pistola en la mano. Le dijeron que la guardia continuaba tranquila, y tras un silencio, hablaron de marcharse. Iban a pasar por el puesto de la puerta del cuartel de intendencia y a terminar la función.

Compararon la hora que llevaban. La patrulla desapareció. El centinela continuó esperando.

————— :: —————

El tiempo había terminado, y los pasos del relevo crecían por la senda paralela a la vida. El centinela quitó los cartuchos del fusil que se desgranaron por el suelo. Los recogió y los guardó en la cartuchera. Se acercó al grupo.

—Alto —dijo el cabo—. ¿Quién se queda aquí?

—Yo.

—De frente.

————— :: —————



La noche continuaba para el centinela.

Silencio. Silencio. Silencio roto.

El centinela pensaba en lo largo que es el tiempo cuando solo sirve para hacer tiempo.

